

"OBSTÁCULOS ACADÉMICOS Y POLÍTICOS DE LA CONSTRUCCIÓN Y PRÁCTICA DE LA ANTROPOLOGÍA EN VENEZUELA"¹.

Prof. Jacqueline Clarac de Briceño
Centro de Investigaciones Etnológicas
Universidad de los Andes

El quehacer antropológico en Venezuela recibió apoyo, aparentemente, sólo en época del dictador Gómez; es decir, en época de los precursores (de "nuestros precursores", pues hemos acostumbrado llamar como tales sólo a autores griegos o europeos más recientes). Posteriormente, sobre todo desde que existe en nuestro país la antropología profesional (a partir de la década del 60), ha sido obstaculizado este quehacer por muchos factores internos como externos, de todos tipos.

Los múltiples discursos de identidad en presencia y la existencia de la vergüenza étnica entre nosotros (históricamente fomentada, voluntaria o involuntariamente) - factor del cual ya hablé en trabajos anteriores - han afectado en Venezuela a todas las ciencias, no sólo a la antropología. Los que lograron superar en parte este problema y que han investigado a pesar de todo, han buscado a menudo (y de acuerdo con las pautas de la política científica en el país) el prestigio personal, además de entregarse demasiado a menudo a estériles conflictos y a la constitución de pequeños grupos de poder académico-político, los cuales han tomado el lugar de los grupos de investigación científica que se hubiese podido

¹ (Conferencia presentada en el Coloquio Venezolano-Francés de Caracas, octubre 1995 : "Etat des Lieux")

fomentar. Muchos de esos investigadores han realizado un trabajo individual, incorporando a veces y temporalmente a un estudiante o dos, sin constituir verdaderos equipos y publicando la mayoría de las veces en el extranjero y en lengua extranjera, para complacer a CONICIT, organismo que, como dije en otros documentos (*Clarac, 1993 a y b, 1994*), no ha favorecido un desarrollo científico para el país, con la errónea idea de que, de este modo, fomentaba en Venezuela una ciencia "universal" !

Debemos agregar a lo anterior la politización extrema de nuestras universidades, lo que ha significado una prioridad puesta en el clientelismo "politiquero" y un desprecio (cuando no un rechazo) hacia la actividad propiamente académica, disfrazando esto debajo de un discurso que pretendía protegerla, obligando al profesor universitario a ser prioritariamente un docente y despreciando el quehacer científico, olvidando que la docencia sin investigación es obligatoriamente repetitiva y se tiene que alimentar de lo producido en otras partes.

La existencia de una sola escuela de antropología en el país, situada en Caracas (ciudad que aprisiona a sus habitantes y a menudo los separa del resto del país - lo que se percibe de la provincia y no desde Caracas) no ha facilitado las cosas.

No ha tenido status la antropología en nuestra sociedad, menos aún cuando ha pretendido aplicarse a problemas concretos, y esto es importante para distinguir la antropología que se hace en los países del sur, es decir, en aquellas regiones cuyos habitantes han sido tradicionalmente

el objeto de estudio de la antropología del norte. Regresaremos sobre esto. Entonces, cuando los antropólogos han querido implicarse en problemas concretos de nuestro país, han sido perseguidos, se les ha hecho incluso una guerra psicológica, se ha procurado ridiculizarlos a veces, a través de los medios de comunicación de masa. Los pocos antropólogos venezolanos que se han atrevido a ocuparse de los problemas socio-culturales y de política científica de su país han sufrido en carne propia este atrevimiento, el cual, en ciertos casos, ha recibido incluso castigo del CONICIT; otros no han tenido suficiente valor para esto y han preferido la pasividad. La mayoría no ha producido nada observable (como casi todos los "científicos" del país) y, cuando han investigado, muchos han rehusado el compromiso sociocultural real (no hablo sólo del compromiso "de papel").

“La antropología siempre ha sido - escribe Marc Augé, uno de los antropólogos franceses que han tenido mayor influencia aparente en Caracas estos últimos tiempos- una antropología del aquí y del ahora. El antropólogo que ejerce es el que se encuentra en alguna parte (su aquí del momento) y que describe lo que observa o lo que entiende en este mismo momento...”

Es interesante esta definición de la antropología dada así por Augé, pues es una definición que concierne sólo a la etnología y la antropología social concebida desde Europa, lo que no corresponde al proceso de formación de la antropología entre nosotros, ni corresponde a la "realidad" antropológica de Venezuela. Incluso, podemos observar lo que está sucediendo aquí, en el presente coloquio: Este se nos ha anunciado como un coloquio "de Antropología"; sin embargo, sólo están

presentes los etnólogos y antropólogos sociales, así como los lingüistas (París, por cierto, me aceptó la sugerencia de que no fuesen solamente los lingüistas que trabajan sobre los grupos énicos, sino también los que trabajan sobre el habla campesina). No sé qué se hicieron las mesas de arqueología y de antropología física que estaban en la primera proposición del coloquio, pues la "antropología" en Venezuela incluye también estas disciplinas, y no concibo en América latina una etnología divorciada de la arqueología, ni viceversa. Tal divorcio puede existir en los EE.UU., pero la historia y formación biosociocultural de América Latina no lo permite.

Tratar de observar *el aquí y el ahora* en nuestro país *sólo a partir del aquí y del ahora*, en nuestra sociedad que ha vivido un proceso permanente de transculturación, sobre todo en estos últimos siglos, una transculturación siempre inacabada, a distintos grados, y en base a distintos grupos humanos (tan distantes geográfica y culturalmente hablando), sería limitar demasiado nuestra comprensión- o nuestra explicación (según la corriente cognoscitiva en la cual nos situamos). La Venezuela regional, la Venezuela nacional, el grado en que nos ha afectado la llamada "modernidad", la forma (o formas múltiples) como hemos procurado responder a ésta ¿ cómo no relacionar esto con la Venezuela del pasado, de un pasado a la vez reciente y lejano... Un pasado que sobre- pasa los límites espaciales y temporales de un solo continente. No es el mismo español que nos ha llegado en el siglo XV, que el que llega en el XVI, en el XVII, el XVIII, el XIX o durante la guerra de Franco. No es el mismo africano que llega en el XVI que el que es aportado a principios del XX desde las Antillas y bajo engaño, para trabajar en las plantaciones del sur del Lago de Maracaibo (haciéndole creer que iba a trabajar en los campos

petroleros). No es el mismo "indígena" (siempre entre paréntesis) el que es integrado a través de las "entradas" y "pacificaciones" del siglo XVI o XVII, que el que se integra hoy en el Amazonas o la Sierra de Perijá, a algún programa oficial, o que es echado de sus tierras y tiene que migrar a la ciudad; ni es lo mismo un Wayuu que se integra a la sociedad criolla que un Wothuja, un Panare, un Yu'Pa o un hijo de italianos o de portugueses en el mismo proceso. Tampoco tiene la sociedad criolla la misma forma de enajenarse culturalmente según las épocas, ha venido cambiando el objeto y el modelo de su enajenación así como las formas y contenidos de su vergüenza étnica... ¿No es importante todo esto para comprender nuestro "aquí" y nuestro "ahora" ?

Es muy nuevo para los antropólogos del norte (digo "norte" porque, como sabemos, la antropología ha surgido como disciplina científica en el norte, Europa -básicamente Inglaterra, Francia, Alemania-Austria y los EE.UU., y porque parto de una decisión tomada en el curso del Congreso Internacional de Ciencias Etnológicas y Antropológicas en México en 1993, en un simposio en el cual participé en representación de Venezuela, y en el cual decidimos distinguir en adelante una "antropología del Norte" y una "antropología del Sur", no porque queramos separar la antropología en dos, es decir, des-universalizarla, sino para tratar de caracterizar a esta última); es entonces muy nuevo, interesante y sorprendente para los antropólogos del norte que se pueda hacer ahora antropología en sus propios países, lo mismo los postmodernistas como los sobremodernistas, aunque Augé, por ejemplo, se pregunta "*si esta etnología podría pretender al mismo grado de sofisticación, complejidad y conceptualización que la etnología de las sociedades lejanas...*", pregunta

bien interesante, pues muestra 1°) como era dudoso para los europeos el que se pudiera hacer antropología en sus propios países (en cual caso nos encontraríamos con el mismo problema de universalidad de la ciencia que hemos criticado a la historia: Hemos dicho, en efecto, que ésta no puede ser universal (por consiguiente no científica) si se ocupa sólo de sociedades que tienen documentos escritos ; de modo que los antropólogos, si no pueden aplicar su metodología a su propia sociedad , no pueden considerar que ejercen una disciplina científica...) Incluso se pregunta Augé si sería "*por una insuficiente capacidad de simbolización de las sociedades europeas ...o de una insuficiente aptitud de análisis de parte de los etnólogos europeos...*"

2°) ¿ No mostraría esto que no se concebía en el norte que pudiera haber antropólogos fuera de los países del norte, concepción ésa que ha influenciado negativamente (aunque inconscientemente) en nosotros, los antropólogos del sur, pues nos ha hecho sentir inseguros de nuestro trabajo, a menos de considerar que Augé piensa que nuestras sociedades del sur, por haber sido las sociedades tradicionalmente estudiadas por los antropólogos del norte, permitirían la existencia de antropólogos surgidos de ellas mismas porque tienen *suficiente capacidad de simbolización?*...

Por supuesto, Augé sí piensa que se puede realizar este tipo de antropología en los países del norte, sobre todo por razones metodológicas (estoy de acuerdo con él en esto); ni siquiera se le ocurre, sin embargo, que esto tal vez ya se haya realizado en los países del sur, por los propios antropólogos de tales países.

Es quizás una irreverencia lo que voy a decir ahora, pero el hecho de que los antropólogos del norte tienden ahora a respiegarse sobre Europa y los EE.UU. no sería porque "se cierran ahora los países lejanos" ? (son los antropólogos **del norte** que hacen esto, pues nosotros, los antropólogos "**del sur**" no tenemos por qué respiegarnos), y si dicen que tienen una preocupación conceptual y metodológica que los lleva a "*repatriarse*", no se debería en realidad- o también - al alto costo actual para ellos de los viajes a países lejanos, y a la reducción actual de los subsidios para la antropología, "exótica" en esos países del norte (tal vez porque ya no interesan a sus gobiernos esas antiguas colonias, por lo menos desde el punto de vista antropológico?) sin contar que los informantes también se hacen para ellos más y más costosos en esas lejanías; en efecto, la riqueza, el poder adquisitivo y la alta tecnología de los países europeos y de los Estados Unidos son conocidos ahora por esos informantes. Recuerdo, por ejemplo, el cuento de Godelier (en uno de sus seminarios parisienses en la EHESS cuando yo hacía mi doctorado) acerca de los baruya que le habían pedido telegráficamente llevarles "un jeep" en su próximo viaje...y Godelier estaba procurando entonces conseguir dicho vehículo a través de una casa filantrópica, para no decepcionar a los baruya. Ahora, son los baruya que vienen a París a visitarlo...

Tampoco olvidemos que, si bien hay una "globalización" u "occidentalización" del mundo entero, también hay una lenta heterogeneización del mundo occidental a partir del "*Otro Mundo*", el cual invade hoy a los países del norte desde los países del sur (cosa bien conocida en los Estados Unidos, con los latinoamericanos, por ejemplo, o en

Francia con los árabes o los africanos, en Inglaterra con los hindúes, en Alemania con los turcos...)

Quisiera centrar ahora mi ponencia, entonces, en una reflexión acerca de estas dos formas de hacer antropología, que he nombrado aquí y de las cuales tal vez algunos oyen hablar por primera vez. En efecto, siempre se ha hablado de una "antropología francesa", de una "antropología anglosajona", o de una "antropología norteamericana", **sin que se haya querido decir con esto que hay varias antropologías**, sino que las escuelas han tenido diferentes intereses y enfoques teórico-metodológicos... ¿Nos estaría vedado procurar ver si tenemos, nosotros también, otro modo de "hacer" antropología, en los países que tradicionalmente han sido objeto de estudio de los antropólogos del norte? Al hacerlo pienso que empiezo por el principio para nosotros, aquí en Venezuela: La necesidad de saber dónde "estamos parados" como antropólogos, analizando un poco nuestra situación. En efecto, si se trata de acercarnos a un conocimiento del "estado de los lugares" de la antropología en Venezuela, como era el aparente objetivo del presente coloquio, creo que hemos de empezar con esto.

La antropología generada en los países del sur (nuestros países latinoamericanos, por ejemplo) es generalmente silenciada no sólo por los "*antropólogos del norte*" -es interesante, por cierto que algunos están hoy aquí con nosotros en este simposio, dándonos así cierta importancia, la idea habiendo venido de Francia (de *Catherine Ales* y de *Jean Chiappino*, antropólogos franceses comprometidos, por cierto, con Venezuela) sino que es silenciada también por los mismos

"*antropólogos del sur*", generalmente por una especie de falta de autoestima y respeto de estos últimos hacia sí mismos.

En el postgrado de antropología del IVIC, por ejemplo (cuando existía) no se estudiaba a autores venezolanos ni latinoamericanos; tampoco en la escuela de Antropología de la UCV (menos raras excepciones). Si no estudiamos a nuestros propios autores, precursores y recientes, ni a los otros antropólogos latinoamericanos, ¿sobre qué base podremos generar una corriente de pensamiento antropológico en Latinoamérica? ¿Es ésta una empresa imposible? Si realmente lo pensamos, esto muestra nuestro alto grado de baja estima y vergüenza étnica...

Tampoco hemos acostumbrado problematizar la relación entre "*antropólogos del norte*" y "*antropólogos del sur*", no para enfrentar a ambas formas de hacer antropología, sino para lograr una mayor consciencia de la antropología que hacemos en el sur, o que tratamos de hacer...; es decir, como explica mi colega mexicano, *Esteban Krotz*: *Problematizar "las contradicciones provocadas por el desarrollo de la antropología en un mundo configurado por el poder de las mismas naciones que también generaron nuestra disciplina y que siguen determinando casi por completo la pauta de este desarrollo"* (*Esteban Krotz*, 1993:7).

(Quiero recordar aquí - entre paréntesis - algo que ya mencioné en otro trabajo: En el Postgrado de Antropología Andina de CLACSO en Quito, los antropólogos norteamericanos, profesores del mismo, consideraron necia la reflexión de unos antropólogos venezolanos, alumnos del mismo curso, según la cual Venezuela era "también" un país

andino (por cierto, esos alumnos venían justamente de la "Universidad de los Andes" de Mérida, Venezuela, y eran "andinos" para todo el mundo en Venezuela...). Los antropólogos norteamericanos eran "los que sabían" y no aceptaban que se pudiera decir que Venezuela era también un "país andino". Para ellos estaba esto fuera de discusión. (Tal vez deberíamos, en base a esta consideración de ellos, dejar de llamar nuestra Cordillera "Andina" y buscarle otro nombre?...)

La consideración de los informantes de que "*los antropólogos son ricos*", porque provienen de países ricos, nos afecta también a nosotros, antropólogos de los países no ricos, o con toda clase de problemas económicos (debidos incluso a la propia incapacidad para la gestión de los recursos), pues, **como se supone que hay una sola antropología**, nos identifican los informantes de los distintos grupos étnicos con los antropólogos del norte y nos exigen como a ellos la solución de problemas, o nos rechazan si somos incapaces de aportar estas soluciones; sobre todo que venimos de las ciudades y que "la ciudad" en Latinoamérica representa - y siempre ha representado para nuestros grupos étnicos y nuestros campesinos, a lo largo de nuestra historia (desde las "fundaciones" de ciudades por los españoles)- el exterior, el poder y la riqueza, lo que ha sido fomentado además por nuestros gobernantes, quienes siempre han padecido de vergüenza étnica y de alienación histórico-cultural.

La actitud típica de los del norte (especialmente los norteamericanos, hay que decirlo, pero no solamente ellos) ha tenido a menudo un carácter de desprecio neto o de paternalismo hacia sus colegas del sur, asignando inevita-

blemente a estos últimos un lugar "de segunda", condenándolos a ser a veces aprendices permanentes de quienes "son los dueños de la antropología verdadera", como diría Krotz (*Ibid.*).

Incluso, en algunos casos (pocos, hay que reconocerlo) el antropólogo "nativo" (entiéndase el antropólogo indígena criollo o indígena de algún grupo étnico) ha servido de "informante-clave", como conocemos algunos ejemplos, utilizando sus informaciones el del norte sin siquiera nombrarlo... El antropólogo del sur presta sus servicios a veces también "a cambio de una ocasional co-autoría o invitación a uno de los lugares `consagrados` de la antropología mundial" (*Krotz, Ibid.*).

Y, en cuanto a los del sur, "¿cuántas veces - como escribe también el colega Krotz- el colega norteño es nuestro huésped amistosamente recibido como codiciada fuente de recursos de todo tipo y posible puerta de acceso a publicaciones y eventos de relieve? **Otra razón de ocultamiento de la existencia de nuestra antropología del sur por nosotros mismos**, es la atracción que para estudios de postgrado y años sabáticos ejercen los centros universitarios **del norte**, porque nos consideramos "parientes pobres" de la "antropología propiamente dicha", y que así lo consideran también nuestros organismos financiadores de la ciencia (por ejemplo: CONICIT).

Toda esta situación inhibe la conciencia de la posibilidad de la mera existencia de una "antropología del sur", tanto en los del norte como en los del sur, o lleva a verla como una simple "extensión" o "réplica" de la del norte.

Sin embargo, si nos ponemos a observar cómo se construye la antropología en Venezuela, así como en los demás países latinoamericanos, nos encontramos formas de generar conocimiento que tienen características propias, y se podría reconocer la profundidad y dimensión de estas diferencias entre sur y norte para procurar entender, como dije arriba, cómo estamos gestando antropología en nuestros respectivos países, a partir de una formación que a menudo hemos recibido del norte, sobre todo a nivel de postgrado.

Entre estas mismas características podríamos citar, retomando las conclusiones a las que llegamos en nuestro simposio de CICAIE, México, 1993, y que publicó luego Krotz (1993), características a las cuales agrego ahora otras, sobre las cuales he reflexionado posteriormente (después de México):

1.- La primera característica que está a la vista, a la cual me referí ya en trabajos anteriores (1993 a y b, 1994) y que nos distingue de la antropología "clásica" que se hace o se ha hecho en el norte, es que en el ámbito de la antropología del sur estudiosos y estudiados son ciudadanos del mismo país (lo que están a penas procurando iniciar hoy los del norte, llamando esto "*repatriación*"- nosotros los del sur no tenemos que repatriarnos.) **Esto es importante** pero no ha sido analizado todavía como se debe. Fíjense como los del norte tienen tantas dudas acerca de si es o no es posible hacer antropología en su propio país, lo que muestra que nosotros **no** hemos hecho antropología en la representación de ellos, ya que se hacen este tipo de preguntas, o consideran probablemente que nuestra antropología es sólo una extensión de la de ellos, lo que no deja de ser cierto la mayoría de las veces, pero no

siempre, razón por la cual debemos analizar nuestra forma de hacer antropología, así como los contenidos de nuestros trabajos, y las dificultades que enfrentamos para realizarlos; a fin de ver si sólo somos una extensión de las escuelas o de las modas de ellos, o si tenemos también nuestras "modas" y estilo propio?

Algunos de nosotros, en nuestros países latinos, sí hemos investigado y escrito, y deben existir diferencias por esto mismo... porque hemos trabajado en nuestros propios países.

¿Cómo lo hemos estado haciendo? Esto es tema de futuras investigaciones, sería un interesante trabajo a realizar, el cual, si llegara a hacerse en cada uno de nuestros países latinos, sería un aporte sin duda a la antropología, que podría servir de experiencia para los antropólogos del norte ya que éstos apenas se están iniciando a lo mismo que nosotros, es decir, investigar **en** y **a** su propio país.

Incluso, yo sugeriría lo siguiente: Ya que hemos hecho nosotros la experiencia **al revés** puesto que hemos empezado la investigación con nuestro país, ¿por qué no la llevamos hasta el final y estudiamos también, luego, los países del norte, que son para nosotros los "exóticos"? Resultaría tal vez interesante y complementario de la experiencia de los antropólogos del norte que trabajaron en nuestros países, y mostraría si nuestra "mirada" es diferente de la de ellos, así como qué percibe dicha mirada acerca de esas sociedades del norte.

2.- Una segunda característica que nos diferencia, es que las comunidades estudiadas por nosotros en nuestros respectivos

países latinoamericanos pueden tener fácil acceso a los trabajos que generamos acerca de ellas, sobre todo que hablamos el mismo idioma (hay que incluir aquí a los grupos étnicos llamados "indígenas", ya que hablan también el español, tienen gente que sabe leer y escribir, tienen periódicos propios, tienen profesores universitarios en ciertos casos, tienen antropólogos... lo que se debe sin duda a una "presencia" antropológica en estas zonas, presencia que procede tanto de antropólogos del exterior como de nuestra sociedad "criolla"). De modo que **debería** haber interacción más fácil entre informantes y autores (en el caso sin embargo de que estos últimos existan, pues el problema entre nosotros es que muchos "antropólogos" no se interesan por otra cosa que la politiquería en nuestras universidades, y por el ascenso a cargos).

Sin embargo, hemos tenido entre nosotros a antropólogos comprometidos con su trabajo de investigación así como con las aplicaciones de éste a problemas socio-económicos de los grupos estudiados por ellos, compromiso que ha significado en ciertos casos ser despedidos de su trabajo, porque no coincidían sus sugerencias con la ideología dominante, como sucedió, por ejemplo, en la década del 80 con el problema de los Piaroa de Wanai. ¿Se conoce algún caso de antropólogo extranjero que haya sido despedido de su trabajo por haberse ocupado de alguna "etnia" venezolana? No podría ser, pues ni ese antropólogo se comprometería hasta este punto, ni su país tendría interés en ese compromiso, por no tratarse del mismo país que el de los informantes.

3.- Una tercera característica, que tiene sin duda gran importancia, es que estudiosos y estudiados somos afectados

por las mismas decisiones políticas y económicas en nuestros países, aunque lo seamos de manera distinta; tales decisiones provienen de instancias que nos atañen a todos, instituciones públicas en cuya configuración y legitimación deberíamos tomar parte (la mayoría de las veces no lo hacemos, ni los antropólogos, ni los indígenas, ni los campesinos, no porque no queramos sino porque, la mayoría de las veces, no tenemos la libertad ni la posibilidad de hacerlo). Esto crea naturalmente un vínculo entre intereses profesionales e intereses socio-políticos, los cuales probablemente nunca han existido entre los antropólogos del norte y sus estudiados de otras partes del mundo.

Por esto, incluso, el quehacer antropológico es a veces peligroso en países del sur como Venezuela, pues a menudo toca este quehacer los intereses políticos, o económicos, de la nación, o de una región, intereses que nos conciernen a todos los habitantes, aunque de diferente modo. Por esta razón muchos entre nosotros han tenido **temor** de investigar o **temor de implicarse demasiado profundamente a través de su trabajo**, por **temor** a las consecuencias; somos varios en haber vivido esta experiencia en nuestro país, de haber sido perseguidos por ciertas autoridades y atacados por la prensa, solamente porque cumplimos con lo que pensamos era nuestra ética profesional y con nuestras obligaciones en el trabajo.

Esto hace diferente nuestra antropología del sur y nos lleva a establecer una nueva característica, relacionada con la anterior:

4.- La antropología del norte no tuvo la necesidad (ni la oportunidad, incluso) del compromiso social con el estudiado. Cuando se comprometieron (como Malinowski en Africa o los antropólogos norteamericanos en Vietnam), fue a veces con su propio gobierno, pero raramente con los estudiados por ellos, al revés de lo que nos sucede a nosotros. Si investigamos **de verdad**, en efecto, en Venezuela o en otros países latinos, seamos etnólogos, antropólogos sociales o arqueólogos, nos encontramos frente a la necesidad del compromiso con los estudiados por nosotros, trátase de grupos étnicos, de comunidades campesinas, de comunidades obreras, de los enfermos de los hospitales y las medicaturas, de centros terapéuticos ilegales, etc., porque compartimos la misma realidad político-económica e histórica que ellos, y sucede que a veces tenemos que actuar por ética en contra del statu quo, lo que comporta evidentemente peligrosidad, en democracias que tienen problemas de corrupción incluso en su sistema judicial.

Si por ejemplo estudiamos la tenencia de la tierra en un grupo indígena o campesino, se nos enfrentan poderosos intereses económicos, apoyados por políticos, industriales, ingenieros, parques nacionales, mineros, concejos municipales, transnacionales, cámaras de comercio, hacendados, ganadores, ministerios, grandes complejos turísticos en formación... cuando no es la Iglesia, o las Nuevas Tribus...

Si estudiamos las representaciones del cuerpo y de la enfermedad en nuestra población "criolla", con las prácticas correspondientes, hay quienes nos acusan de brujería o de satanismo... Si defendemos bienes inmuebles del patrimonio arqueológico, nos hacen una guerra sucia los desarrollistas regionales y sus compadres políticos...

No quiero seguir enumerando, pero hay que decir esto, que es importante:

Es prácticamente un acto heroico hacer antropología en su propio país, a menos de tocar solamente temas insulsos y que no afecten los grandes intereses económicos, científicos o políticos (los cuales generalmente van relacionados, como sabemos). Esto lo comprobarán los antropólogos del norte cuando avancen en la investigación en sus propios países, pues el antropólogo molesta al trabajar cuando investiga a su propia sociedad. La metodología antropológica es en efecto bastante efectiva - y en esto estoy de acuerdo con *Augé*- para observar y mostrar del dedo problemas esenciales. En esto ya hemos tenido experiencia, y ésta les podría servir a los del norte, aunque sea diferente su ámbito político-económico y, tal vez, sea menos peligroso para ellos que para nosotros, lo que constituiría otra diferencia más entre ellos y nosotros.

Esto influye obligatoriamente sobre el trabajo de investigación en el sur, sobre la metodología, la modifica, hace inventar estrategias inexistentes en la metodología que se nos ha "enseñado" y que se consigue en los libros antropológicos del norte. Los cuestionarios, por ejemplo, han sido muy utilizados por los políticos en nuestro país, a fines "politi-queros", y esto lo ha experimentado ya demasiado nuestro pueblo (campesinos y obreros como "indígenas"); no es sorprendente, entonces, que no deseen colaborar con los cuestionarios, y es mejor abandonar entre nosotros este tipo de instrumento para no provocar un rechazo bien comprensible, sobre todo cuando se tiene todavía poco conocimiento y amistad con la comunidad estudiada. Por esto insisto en que los jóvenes investigadores formados por mí reciban también

este tipo de entrenamiento, que encontrarán difícilmente en los libros que se han escrito anteriormente, pero que es parte de su cotidianidad en el trabajo de investigación en Venezuela. Habría por supuesto personas en decir que esto le quita objetividad al trabajo antropológico, pero hoy todos ya sabemos lo que realmente es la supuesta "objetividad" del científico (objetividad que se muta en subjetividad completa en los casos que el investigador huya el compromiso social por temor político, económico o incluso por temor científico o por miedo a perder ciertas ventajas o cierto status frente a los organismos que financian la ciencia); creo necesaria esta forma de "subjetivizar" el trabajo antropológico ya que trabajamos en nuestro propio país, y no lo podemos tratar como si fuéramos antropólogos extranjeros que sólo quieren "conocer" al hombre pero que no tienen tiempo para ocuparse de ayudar a solucionar problemas de tenencia de tierra, o de salud pública, o de educación, o de cualquier otra índole, lo que es normal. En efecto, un antropólogo norteamericano que vendría a estudiar una comunidad campesina de Mérida - supongamos- y se dé cuenta de que ésta cree disfrutar todavía de su "tierra de resguardo", cuando esta modalidad de tenencia ha desaparecido de nuestra legislación desde el siglo pasado, este antropólogo recogería toda la información necesaria para su análisis, y luego de regresar a su país y publicar los resultados de su investigación (en inglés) ya no tendría nada que ver con el asunto, lo que es normal en su contexto. Pero, ¿puede y debe un antropólogo venezolano actuar del mismo modo? Si tiene un mínimo de ética profesional y humana, se sentirá obligado a ayudar para que estos campesinos no pierdan su tierra en un futuro muy cercano, para que no se la quite el Concejo Municipal con el pretexto de que es una propiedad "ilegal", o "falsa" (la legitimidad no tiene muchas

veces nada que hacer con nuestra constitución en Venezuela, pero creo que a nosotros antropólogos, en estos casos, nos toca mostrar dónde está la legitimidad, lo que nos ha causado problemas cada vez que hemos intentado hacerlo).

El trabajo antropológico incluye entonces en nuestros países del sur -cuando es hecho por antropólogos de estos mismos países - una metodología diferente, ya que incluye un **riesgo** diferente y que por consiguiente ha de incluir estrategias sociopolíticas especiales. Esto también nos caracterizaría .

5.- Quiero nombrar además, como otra diferencia de importancia entre nuestras dos antropologías, el problema de la "*alteridad*", al cual ya empecé a referirme en trabajos anteriores (1993 *a y b*, 1994), problema que está relacionado con las características que acabo de mencionar y que se presenta de modo diferente cuando estudiosos y estudiados pertenecen a la misma realidad político-económica de un mismo país y de una misma historia, aunque los protagonistas no necesariamente tengan consciencia de ello...

6.- Finalmente, me quiero referir ahora al *debate modernidad-postmodernidad*, y el significado que podría tener entre nosotros un debate de este tipo. Hemos tenido en efecto muchas formas de asimilar y re-interpretar la llamada "modernidad", que son muy particulares de nosotros, los venezolanos y los latinoamericanos en general. No hemos distinguido a menudo entre el "discurso de la razón" y el "otro" discurso, sino que los hemos mezclado de modo extraño y bien interesante, re-interpretando la "razón crítica" a través de discursos particularistas, confundiéndolos lo mismo en los

cultos médicos como en la política o en el quehacer universitario. Nuestra “**modernidad**” ha sido concebida a través de una no-modernidad. Es esto también lo que quiso decir *Briceño Guerrero* cuando habla de los tres discursos que se mezclan en nuestra cotidianidad colectiva e individual en Latinoamérica: el de la “*razón segunda*”, el del “*pensar mantuano*” y lo que él llama “*el discurso salvaje*”, los cuales se parasitarían y sabotearían mutuamente. . .

¿Cómo pasaríamos entonces nosotros de esa *pseudo-modernidad* vivida en Venezuela, o en América Latina, a una *postmodernidad* ? ¿Qué re-interpretaciones extrañas estamos haciendo o haremos de ésta, partiendo de esa “*extraña modernidad*” que hemos vivido?

Por todas estas características tan complejas que, si se estudiaran bien, ayudarían a definir nuestra “*antropología del sur*” y nos permitiría trabajar de un modo más consciente, pienso que deberíamos pensar también en abandonar la costumbre de encerrarnos en nuestra disciplina, sobre todo que, como antropólogos, tenemos -y esto ya se ha podido comprobar- muy poca fuerza política, lo que recae también negativamente sobre las comunidades en las cuales trabajamos.

Propongo entonces, entre otras cosas, reforzar la investigación antropológica con la de otras disciplinas; es decir, deberíamos desarrollar un trabajo **pluridisciplinario** (digo **pluri** y no interdisciplinario, ya que no se trata de sumar conocimientos, sumas con las cuales a menudo no se sabe qué hacer, sobre todo cuando surgen contradicciones entre los distintos enfoques), lo que significa una complementariedad de

resultados a través del confrontamiento entre las categorías y metodologías utilizadas, y confrontamiento también entre resultados.

Esto no es importante sólo porque nos daría mayor poder político (hay en efecto gremios mucho más consolidados que el nuestro en Venezuela, y con mayor poder, tales como, por ejemplo, el gremio médico o el de los abogados), aunque sea para poder investigar con mayor libertad y poder opinar en base a la investigación realizada (hablo aquí evidentemente de **política** y **no de politiquería y clientelismo político**), sino que estoy persuadida que es la única manera de llegar a mayores resultados al estudiar nuestra muy compleja realidad.

(Conferencia presentada en el Coloquio Venezolano-Francés de Caracas, octubre 1996 : "Etat des Lieux")

BIBLIOGRAFÍA:

AUGE, Marc

1994 *Pour une anthropologie des mondes contemporains*, Aubier Critiques, Flammarion, Paris.

BRICEÑO-GUERRERO, J.M.

1994 *El laberinto de los tres minotauros*, Monte Avila, Caracas.

CLARAC DE B., Jacqueline

1993 a *La construcción de la antropología en Venezuela*, en BOLETÍN ANTROPOLÓGICO, Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida, N° 28: 39-52

1993 b *Estatutos y características cognitivas de la antropología en Venezuela*, en ANTROPOLOGIAS LATINOAMERICANAS, Univ. Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, México, Año 3, N° 6: 17-26.

1994 *La antropología venezolana y la crisis de la antropología*, en BOLETIN ANTROPOLOGICO, Museo Arqueológico, Universidad de los Andes, Mérida, N° 30:33-55.

KROTZ, Esteban

1993 *La producción de la antropología en el Sur: Características, perspectivas, interrogantes*, en ANTROPOLOGIAS LATINO-AMERICANAS, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, México, Año 3, N° 6: 5-12.

LÓPEZ SANZ, Rafael

1993 *Paradoja y caos en la investigación científica y antropológica*, en BOLETÍN ANTROPOLÓGICO, Museo Arqueológico, Universidad de los Andes, Mérida, N° 29: 67-76.

RESUMEN

La autora discute acerca del quehacer antropológico en Venezuela y en América Latina, procurando encontrar características que definan a la antropología construida y sobretodo vivida en el sur del planeta y especialmente en Latinoamérica, de la que se ha venido construyendo en el norte (Europa y Estados Unidos).

Palabras claves: Antropología, Norte y Sur, Venezuela.

ABSTRACT

The author analyses the anthropological work in Venezuela and in Latin America. She intends to find aspects that may explain the way the southern part of our planet has built and experienced Anthropology, especially in Latin America, in comparison to that built in the north (Europe and the USA)

Key-words: Anthropology, North, South, Venezuela.
